

KENYA: LA SUCESION DE UNA LEYENDA

JULIA UVALLE

Aterrizar a fines de abril pasado en Nairobi significaba tomar conciencia de dos cosas: la hermosura de las reservas que rodean la capital de Kenya y la guerra que se libraba en la vecina Uganda. Reservas que en todo el país ocupan alrededor de un tercio del territorio (Kenya es algo mayor que España) y en donde convive una variada fauna en libertad como en la Prehistoria. Guerra de liberación contra el régimen de Amin Dada, que hacía tomar extraordinarias medidas de seguridad en el aeropuerto. Docenas de soldados en uniformes de leopardo parapetados tras un cúmulo de sacos y de metralletas amenazantes. La belleza y la violencia. Dos componentes inseparables en Kenya.

EN esos días, los tres periódicos capitalinos reflejaban la preocupación del Gobierno de Daniel arap Moi. Las elecciones que se celebraron para renovar el Parlamento, cuya fecha es un secreto de Estado, y los avatares del nuevo Gobierno ugandés del profesor Luibe, quien seguramente no olvida que los aviones libios que transportaban soldados y material bélico para sostener a Amin repostaron en el aeropuerto de Nairobi.

El Presidente Moi, sucesor del Mzee (el venerable) Jomo Kenyatta, ha demostrado habilidad para aquietar aparentemente a la oposición y se empeña en continuar la línea del régimen anterior. Sin los ribetes carismáticos de Kenyatta —que es hoy una verdadera leyenda—, Moi también representa la estabilidad de los intereses neocoloniales, que se siguen apoyando en tres patas: la burguesía compradora, los ingleses y las transnacionales.

Este Arias Navarro de la política kenyana, la verdad, no ha tenido que trabajar mucho en sus meses de gobernante, salvo el puntual sermón dominical para predicar al pueblo la unidad y la resignación. Esto porque Kenyatta dejó todo atado y bien atado.

En efecto, una vez conquistada la independencia en 1963, Mzee asentó su Gobierno en un equipo de nuevos burócratas y tuvo la

mano izquierda de incluir en él a representantes de distintas etnias y de diversas opciones políticas. Por ejemplo, nombró ministro de Recursos Naturales a Oloiptip para apaciguar las reivindicaciones de su tribu, la masai, una de las más importantes después de la kikuyu. Incluyó en su Gabinete a ex dirigentes pro Mau Mau tan prestigiosos como Oginga Odinga y Tom Mboya. Casó en cuartas nupcias con Mama Ngina, perteneciente a una etnia minoritaria; en fin, aglutinó en torno suyo a leales y a portavoces de los estamentos potencialmente contrarios a su régimen. La construcción de una Kenya independiente fue el lema-anzuelo que todos tragaron bajo los efectos del entusiasmo emancipador.

Los únicos escépticos, los sobrevivientes del Mau Mau, movimiento armado intertribal surgido en los años 50, cuando soplaron con toda fuerza en Kenya "los vientos del cambio" a que se refería Macmillan.

Y Kenyatta se dio tiempo y maña para aniquilar física o políticamente a los dirigentes nacionalistas, consciente del arraigo popular de su ideario político: recuperación de las tierras, derecho al trabajo, verdadera independencia y recuperación de la entidad histórica colectiva africana.

Kenyatta dictó una nueva Constitución a su talla y medida. Transformó a la KANU (Unión Nacional Africana de

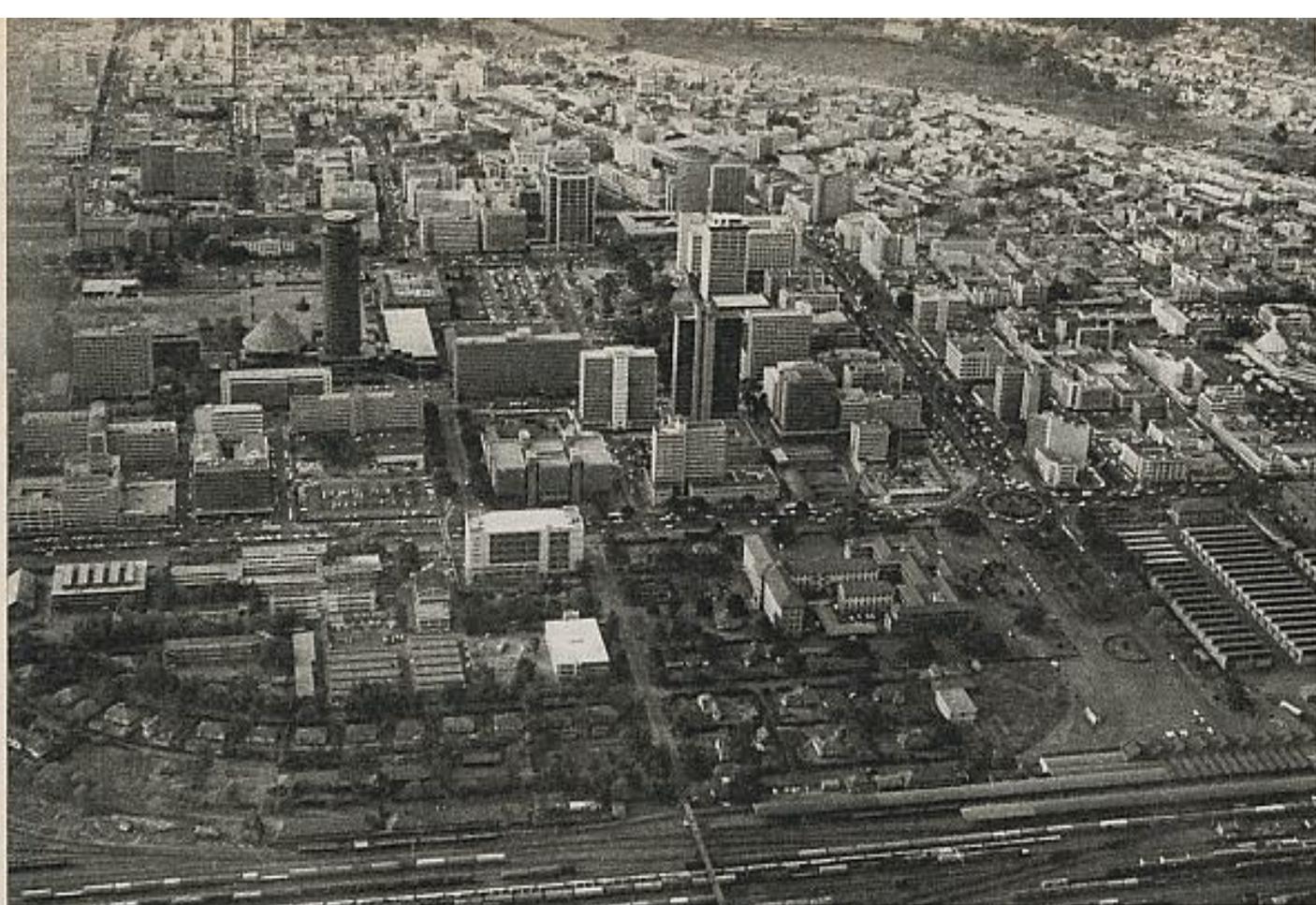
Kenya) en partido único. Proscribió a la KPU (Unión del Pueblo de Kenya) por decreto. Amordazó a la prensa y se deshizo uno a uno de sus enemigos políticos. El sindicalista Tom Mboya murió una noche ametrallado por desconocidos en una calle de Nairobi, a la que después cínicamente se le dio su nombre. Odinga languidece en el destierro de su provincia

natal, Luolandia. El combativo diputado Kariuki fue asesinado, también por desconocidos, y su cadáver arrojado al borde de una carretera para que lo devoraran las hienas. Al escritor Ngugi wa Thiong'o, uno de los valores de la novela africana de expresión inglesa, se le expulsa de su cargo en la Universidad, se le destierra y se le acosa violentamente desde entonces...

En quince años de poder omnimodo, Mzee no tocó un retazo de las feraces tierras altas del valle de Rift, cuyos 45.000 propietarios, ex colonos, ahora lucen pasaporte local. Abandonó la agroindustria al apetito de las transnacionales, que en 1979 dominan, además, la Banca, el turismo, la importación-exportación. No construyó un país. Forjó una clase de administradores negros del poder blanco. Kenya hoy es un poco más que un conjunto de territorios y de tribus alrededor de una línea férrea.



Ya en 1965 Kenyatta haría esculpir en piedra el culto a su personalidad.



Tras la verticalidad de Nairobi, capital de Kenia y de las multinacionales en Africa Oriental, la pobreza a ras de suelo.



El Presidente Moi saludando a unos cuarenta mil trabajadores concentrados en el parque de Uhuru el primero de mayo pasado.

El color de la piel: un uniforme

Dicen los blancos residentes que nada ha cambiado desde la muerte de Mzee. Es muy probable que la vida cotidiana se deslice como entonces, pero creo que los blancos se equivocan con Daniel arap Moi.

Es cierto que la barrera entre blancos y negros, indios y negros, kikuyu y masai, luo o swahili, continúa en pie.

Aunque no existe *apartheid*, el visitante observa un racismo más sutil, pero latente, que arrincona al hombre bajo el color de su piel. El blanco —el *mzungu*— vive dándole la espalda a la realidad del país, gozando de sus privilegios en calidad de amo. Como contrapartida, y se lo ha ganado a pulso, siente la hostilidad contenida del negro o su servilismo hipócrita.

Los indios, unos ciento cincuenta mil, controlan el comercio, envían sus ahorros al

pueblo o a Inglaterra y han optado por conservar su entidad étnica, cultural y religiosa. Salvo en el puerto de Mombasa, donde se les ve más integrados, viven en el límite de sus tiendas, clubs y mezquitas. En Nairobi, todos los años pesan al Aga Khan y le entregan en diamantes su equivalente en kilos. Una ceremonia muy antigua entre los ismaelitas, pero que se torna particularmente odiosa en Kenia, donde campea la pobreza.

Los kenyanos —trece millones y medio— tienen como toda riqueza su fuerza de trabajo. Excepto una cúpula muy minoritaria, que controla los puestos pingües de la Administración, la mayoría vive poco y mal. En las ciudades constituyen la servidumbre del blanco, del indio y del negro; en el campo trabajan como temporeros la tierra del *mzungu*, y en número creciente, el paro los arroja a la mendicidad urbana o a la prostitución. A las puertas de los grandes hoteles se amontonan mendigos deformes, con las articulaciones

vueltas al revés: rodillas que se doblan hacia adelante, codos hacia atrás. Son propiedad de alguien que los compró de niños y los deformó aposta para inspirar la compasión del turista. Las prostitutas, algunas casi niñas, asaltan en la calle o dentro de los mismos hoteles. Kenia debe de ser uno de los pocos países del mundo en que es delito no declarar una enfermedad venérea.

Se añade a estas resultantes de la pobreza la división intertribal. La mayoría de la burguesía es kikuyu, que es rechazada no se sabe si por rica o por kikuyu. Estos, a su vez, desprecian la forma de vida del masai, los orgullosos pastores, nómadas de túnica roja que se han automarginado de la "civilización" blanca. De otra parte, los swahili siguen comerciando en torno a la costa con los swahili de Tanzania, mientras en el interior, los luo, la tribu de Odinga, hacen su vida en torno al lago Nyanza. Todos parecen ignorarse, y las uniones entre jóvenes de distintas tribus son casi tan

KENYA

infrecuentes como entre negros y blancos, blancos e indios, indios y negros.

Lo que une al negro, al **wananchi**, es su odio al blanco, blanco que, con absoluta indiferencia de su realidad étnica y geográfica, durante sesenta y ocho años de presencia colonial fijó límites a cordel, reemplazó deidades, impuso su lengua y arrebató la tierra. Porque el blanco sigue mandando en Kenya.

Kenya bajo el delfin

Pero escribíamos que los blancos se equivocan con Daniel arap Moi. Tras su apariencia de obispo bonachón se esconde la personalidad de un político formado a la vera de Mzee y conocedor de todos sus trucos. No hay que olvidar que luchó por la independencia, que sirvió a Kenyatta como vicepresidente y ministro del Interior y que fue elegido por el propio anciano para sucederle en el poder.

Con otro estilo, más gris, Moi está montando una maquinaria que seguramente arrasará con el equipo anterior.

Aunque mantiene en su Gabinete a casi la totalidad de los ministros de Kenyatta: Kibaki, Njonjo, Oloitiptip y Waiyaki, los hombres más señalados, ha dictado una nueva ley electoral que impide a los altos funcionarios de la Administración presentarse a las elecciones. Esta medida le permitirá:

1. Restar poder a los hombres de Mzee, que controlaban simultáneamente muchos cargos.

2. Poner todo el aparato gubernamental a disposición de los candidatos de su confianza y volcar el Parlamento a su favor.

3. Reflejar una imagen democrática, que siempre es útil.

El as que se guarda en la manga es la fecha de la cita electoral, lo que frena cam-

pañas y ambiciones de los hombres que, por sus convicciones políticas, han sido marginados de puestos y escaños. Es el caso de los dirigentes de la KPU y del Mau Mau.

Es cierto que se sigue alimentando el culto a la personalidad del padre de la patria, que yace embalsamado en su tumba provisoria. También es verdad que Moi no escatima fondos para la construcción del mausoleo de Mzee. Pero al lado del retrato de Kenyatta, que se exhibe con monotonía en oficinas, bares, tiendas, hoteles, restaurantes y cines..., ha hecho colgar su imagen. El nombre de Kenyatta continúa bautizando avenidas y plazas, como el de Moi calles y edificios. Y ha ido más lejos. Intenta conquistar popularidad a la puerta de las iglesias y contrasta su Gobierno trashumante con el estático de Mzee, tan cuidadoso, siempre enclaustrado en Nyeri o Na-

kuru. Incluso más. A su viuda, Mama Ngina, ex alcaldesa de Nairobi, Moi la ha alejado de la escena, y, según cuentan las malas lenguas, sólo le consiente seguir controlando la caza furtiva. Toda la otra caza fue prohibida hace más de un año, en vida de Kenyatta. A su hija, Margaret Kenyatta, ex alcaldesa y ex representante ante Naciones Unidas, Moi la ha rebajado a representante ante el Programa de la ONU para el Medio Ambiente, con sede en Nairobi. Al único que ha dejado en su cargo es a Peter Kenyatta, hijo, subsecretario de Asuntos Exteriores. En un país tan machista como Kenya, es más fácil desplazar a las mujeres.

La liberalización de la prensa es un punto a favor del Presidente Moi. Tanto en los periódicos como en semanarios capitalinos (el "Daily Nation" es propiedad del Aga Khan) se critica al Gobierno, se denuncian algu-

nos de los excesos policíacos y la corrupción de ciertos altos cargos. Aunque el tono era prudente, la crítica se endurecía en "Cartas al editor", y llamaba particularmente la atención en esos días el número de lectores apoyando con entusiasmo la ayuda militar del socialista Nyerere a las fuerzas de liberación ugandesas. Particularmente, creo que Moi utiliza a la prensa para que le saque las castañas del fuego: deja a los periodistas mostrar las arbitrariedades del equipo Kenyatta y abre la espita informativa para compensar su falta de carisma.

Y ya que hemos mentado Uganda, Moi ha sabido corregir su mal olfato político al ayudar hasta sus últimos días a Amin. El 29 de abril pasado se apresuró a prometer al nuevo ministro de Asuntos Exteriores ugandés, señor Alimadi, entregar a Amin si éste se refugiaba en Kenya y a someter a extradición a todos sus cómplices. Hizo un donativo a Uganda equivalente a unos ciento cincuenta millones de pesetas, como asistencia inmediata y sin condiciones. Por último, hizo cobrar multas, sólo simbólicas, a los ugandeses que cruzaban la frontera sin documentación, huyendo de las tropas de Amin. Fue una de cal. La de arena, proteger a Bob Astles, británico y jefe de la Policía secreta de Amin, para no molestar a Su Graciosa Majestad.

(Permitásenos la anécdota. La picaresca en Nairobi en esas fechas consistía en hacerse pasar por estudiantes ugandeses refugiados. Con el propósito de poder reincorporarse a la lucha, pedían dinero para el pasaje y gastos inmediatos. La sección de traductores españoles, que se encontraba trabajando en la Conferencia sobre Medio Ambiente, sufragó varios supuestos viajes de jóvenes que en realidad eran kenyanos.) ■ J. U. Fotos: Gentileza de "Nation Newspapers", Nairobi.



La campesina tiene que transportar a hombros los productos que intentará vender en el mercado de Nairobi.